

CARRANZA Y EL INCIDENTE DE VERACRUZ

Por Isidro Fabela

Datos fehacientes de cosas vistas y oídas acerca del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la República Mexicana, y que servirán para la Historia de la revolución, así como para un estudio sobre la personalidad de D. Venustiano Carranza.

LE he vuelto a ver después de un año de lucha. Corpulento, grave, lacónico, majestuoso. . . El mismo que ayer.

Las tremendas crisis de la Patria no han abatido su carácter ni menguado su fortaleza. Su palabra lenta tiene el mismo acento, y en la mirada vivaz y penetrante se ve la verdad del mismo modo que el 13 de Febrero de 1913, a través de sus espejuelos semiobscuros, debe haberse adivinado el alma de la Patria. La última vez que le viera fué sobre su pedestal de Veracruz, cuando las tropas americanas abandonaban nuestras costas, dejando en el puerto la sangre de los nuevos Niños Héroes. . . En aquel entonces llegó a la plenitud de su grandeza, porque había quedado reducido al mínimum de su poder.

Había pasado por tremendos conflictos. La Convención de Aguascalientes, esa fatídica corte demagógica, arrojaba en brazos de un criminal la mayoría del florido ejército victorioso, el que en un arranque de injusticia máxima pedía a gritos la dimisión del Primer Jefe.

Don Venustiano permaneció impasible, con la conciencia plena del peligro nacional, pero sereno ante el desastre.

Los villistas cantaban la epopeya local del triunfo, mientras los amigos, los suyos, los viejos compañeros de lucha; los que él amaba por buenos, por bravos y por leales, le abandonaban también. Los mensajes que noticiaban las deserciones no tenían fin. . . El enemigo crecía minuto a minuto y avanzaba, avanzaba sin poderlo contener. El desconcierto en las filas constitucionalistas se transformaba en pánico, y las conciencias pusilánimes de muchos políticos salvaban su responsabilidad alejándose del Jefe.

Entre tanto D. Venustiano permanecía inalterable. Ni un rictus de amargura manifestaba su rostro, ni una palabra de dolor exhalaban sus labios, ni en su mirada lúcida se sorprendía un rayo de duda o desaliento. Trabajaba incansablemente; desde la mañana a las altas horas de la noche daba órdenes, enviaba comunicaciones, compraba armas y pertrechos de guerra; estudiaba sobre el mapa —su eterno

acompañante— la zona ya extensísima ocupada por los enemigos; movilizaba sus escasas fuerzas; todo con la misma confianza de antes, con idéntica fe y con la misma convicción que tuviera el histórico 13 de Febrero. Su fuerza estribaba en la razón, y su valor inmenso en la persistencia de sus actos. No suplicaba a nadie ni amenazaba a ninguno, ni aprovechó ocasiones propicias para secuestrar a quienes le desconocían. Al contrario: la más completa libertad dió a todos para que eligieran el camino del bien o el del mal. No le amedrentaba el número ni la calidad de los que se iban; antes bien, aquellas enseñanzas de la experiencia en los críticos momentos le mostraban sus errores sobre algunas gentes. Seremos menos; pero nos conoceremos mejor, decía, y los infidentes marchaban al otro bando con esperanzas y sin temores.

Cuando, finalmente, algunos de sus más aguerridos generales, con toda la buena fe de que su espíritu fuera capaz, le demandaron también su renuncia, entonces me dijo con la misma entereza de siempre: “Si me dejan solo, me quedaré solo, licenciado, pero seguiré sosteniendo hasta mi muerte la causa de la legalidad”. ¡Y así lo hubiera hecho!

Por esas fechas las tropas yanquis seguían ocupando nuestro puerto de Veracruz. El Primer Jefe, que había ya pedido la evacuación por conducto de nuestra Secretaría de Relaciones, reiteró sus demandas de una manera enérgica. Las tropas del general Aguilar habían llevado al colmo su paciencia, mirando muy cerca y frente a frente al invasor, que había prometido marcharse y no se iba. La paciencia de la tropa se estaba transformando en indignación, y era de temerse de un momento a otro que la cólera exaltada estallase, que nuestros soldados disparasen sobre los americanos y se iniciara así la guerra internacional.

La Casa Blanca contestó las notas de nuestra Cancillería, diciendo que para desocupar el puerto el Primer Jefe debía cumplir las siguientes condiciones: Lanzar un manifiesto o decreto por el que comprometiera con los Estados Unidos: 1o. —A no cobrar nuevamente impuestos que los causantes que en Veracruz los hubiesen ya satisfecho a las autoridades americanas; y 2o. A no castigar a los que hubiesen prestado sus servicios al invasor.

Don Venustiano no aceptó ninguna de las condiciones impuestas y exigió, en nota terminante, se fijara la fecha de la desocupación, para evitar así más grandes y trascendentales conflictos. La Secretaría de Estado del Gobierno America-

no, desentendiéndose de que el pretexto que tomó para el desembarco fueran las injurias cometidas por la persona de Victoriano Huerta al Gobierno y pueblo americanos, y de que tal individuo había ya huído del país, y olvidando sobre todo su formal ofrecimiento de desocupar Veracruz cuando tales causas (?) desaparecieran; la Secretaría de Estado, repito, contestó al Primer Jefe insistiendo en sus injustas, necias y peligrosas condiciones. Don Venustiano acordó nuevamente se contestara al Gobierno de Washington que los Estados Unidos no tenían derecho alguno a exigirnos la expedición de tales o cuales decretos o manifiestos relativos a asuntos internos; que de proceder así y en la forma que ellos lo pedían se vulneraría la independencia que todo país autónomo tiene derecho a hacer respetar dentro de sus fronteras. Que no aceptaba la imposición de las famosas condiciones, y que, finalmente, se fijara el día para evacuar la plaza de Veracruz. El general Aguilar no cesaba de dar cuenta al Primer Jefe y a la Secretaría de Relaciones de que ya no podía contener a sus tropas, porque la presencia del ejército invasor en tierras veracruzanas irritaba a sus soldados más y más.

Al propio tiempo las iras de la Convención se desplegaban furiosamente contra el Primer Jefe, y nuevos generales constitucionalistas le desconocían con toda su gente.

Don Venustiano conservaba su misma actitud erguida y enérgica. Ni hacía concesiones al Gobierno americano, ni se amedrentaba con las infidencias escandalosas de todos los días. La entereza de su carácter era la misma que tuviera en sus grandes victorias.

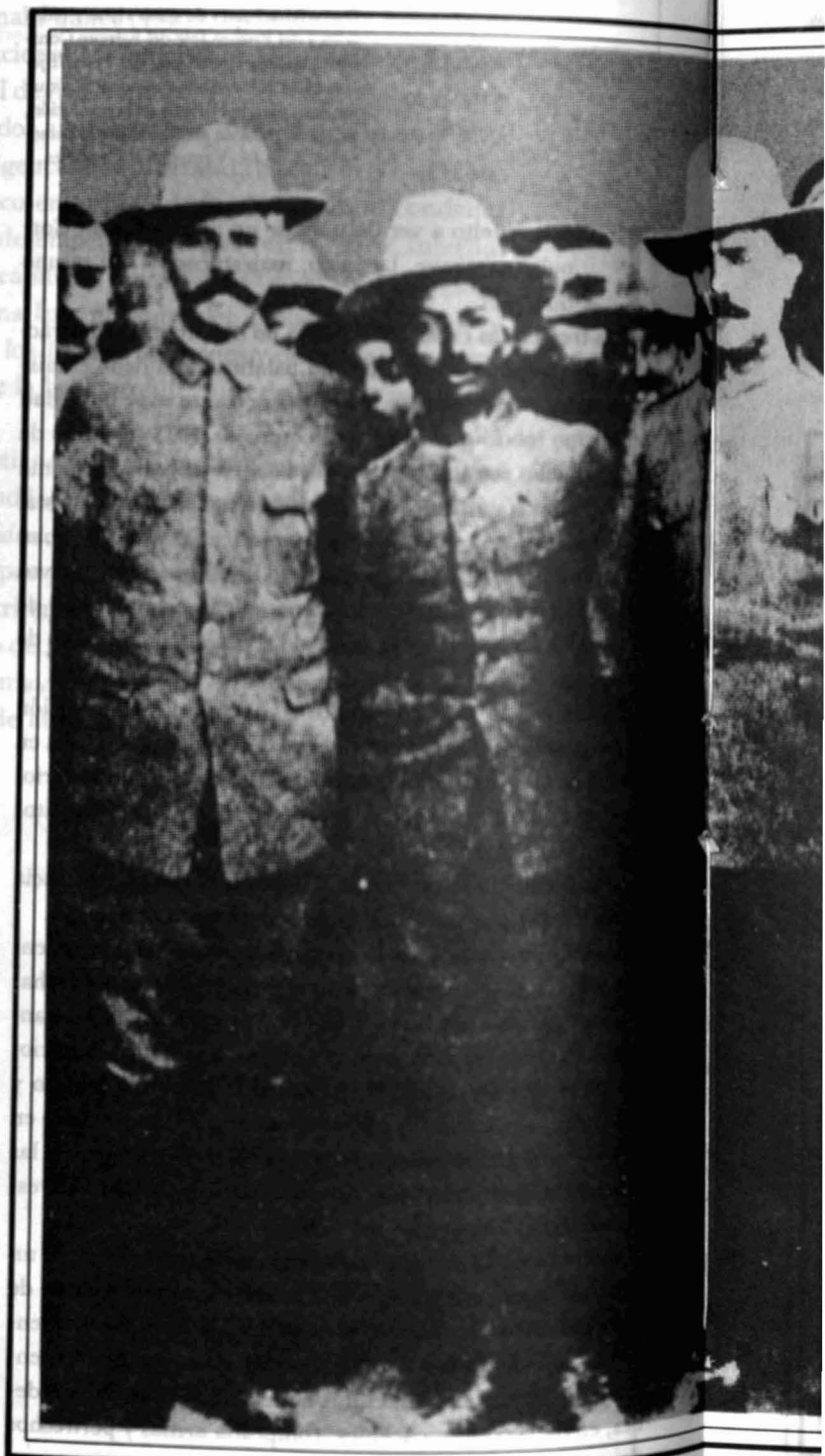
De cómo ocuparon los americanos el puerto de Veracruz

EL Presidente Wilson, en su mensaje memorable que dirigió al Congreso de su país, dijo que la ocupación del primer puerto mexicano había sido más que obligada, provocada por Victoriano Huerta. Este señor, aseveraba sobre poco más o menos el Sr. Wilson, en repetidas ocasiones ha ultrajado al Gobierno y pueblo americanos, ya interceptando los mensajes que la Casa Blanca envía a nuestro embajador de México, o bien injuriando a nuestros oficiales en Veracruz; cometiendo vejaciones diversas en contra de nuestros ciudadanos residentes en territorio bajo su dominio; o, por último, aprisionando y maltratando de palabra y obra a los marinos del *Daulphin* en Tampico. El Gobierno americano no podrá seguir viendo paciente e indefinidamente tales atentados cometidos por el general Huerta y los suyos, en contra nuestra, sobre todo si se considera que esos hechos que nos hieren están inspirados en un espíritu de marcada hostilidad hacia nosotros. Por lo demás, era muy creíble se repitieran tales atentados si la administración que presido no hubiese procedido violenta y enérgicamente contra Victoriano Huerta y sus partidarios, como lo ha hecho, desembarcando tropas de nuestra marina en el puerto de Veracruz.

Así justificaba el Presidente americano la invasión de nuestro suelo, ante el mundo y ante sí mismo. Creo que en el fondo hubo más que lo declarado oficialmente. Sospecho que el

Presidente Wilson no autorizó previamente el desembarco efectuado en nuestro puerto, sino que más bien sancionó a posteriori aquella violencia para defensa personal del almirante Fletcher, que ordenó tan injusto atentado de lesa autonomía, y para salvar su dignidad gubernativa.

La versión que tengo por auténtica es esta: El almirante Fletcher, al tener conocimiento de que el barco alemán *Ipiranga* había desembarcado un grueso cargamento de armas y parque consignados al Gobierno usurpador, ordenó el ataque al puerto y el asalto a la Aduana, para retirar de ella los pertrechos recién llegados. Con esto creía castigar a Huerta, cuyo comportamiento les tenía tan lastimados. Poco tiempo después el *Ipiranga* depositaba en la aduana de Progreso, y a disposición del general Huerta, el cargamento de mallas,



con lo que fracasó estruendosamente el propósito del Sr. Fletcher, dejando al mismo tiempo ofendida la libertad de un pueblo independiente, que jamás ameritó el ultraje de una invasión extranjera por sólo el hecho de que un borracho hiciera de las suyas.

La ocupación de Veracruz, concienzudamente estudiado el caso, no podrá jamás justificarse ni ante el derecho de gentes, ni ante la conveniencia utilitaria de ningún partido de ésta ni de aquella nación. Fué, hablando con llaneza, un acto trágico que no aprovechó a nadie y disgustó a todos. ¡Como que nuestra América protestó indignada contra la invasión sajona en tierra latina!

El Primer Jefe recibió al día siguiente del desembarco una extensa nota del Sr. Wilson, bastante amplia y llena de cor-

teses explicaciones. En ella se hacía una relación de hechos que trataban de justificar como una represalia contra la persona de Huerta, los acontecimientos de Veracruz, finalizando con una protesta formal a los constitucionalistas y a su jefe, de que aquellos lamentables hechos no iban en ninguna manera dirigidos contra ellos ni contra el pueblo mexicano, que merecía toda clase de consideraciones y amistades de aquella nación. ¡Como si el puerto de Veracruz fuese de Victoriano Huerta y no del pueblo mexicano, y la sangre que hicieran brotar balas extranjeras no fuera de hermanos nuestros! Don Venustiano Carranza, en nota popularizada ya, protestó enérgicamente contra la invasión, que no admitía por ningún concepto, demandando la inmediata evacuación de la plaza invadida. Tan enérgica fué la nota del Primer Jefe, que toda la prensa americana consideróla como un ultimátum. Los editoriales de los periódicos yanquis decían denuestos terribles al Sr. Carranza; los más le llamaban ingrato, cuando no torpe y altanero. En definitiva, pedían a su Gobierno el castigo de aquellas amenazas con la intervención general en nuestra República. Don Venustiano, indignado, permanecía sereno. Estaba entonces en Chihuahua, donde recibía centenares de mensajes que le daban como muy probable o segura la intervención. Una mañana en la casa «Gameros», donde vivía, antes de subir a su despacho improvisado, en tratos con algunas personas que tenía de pie, permaneció unos instantes en el espacioso hall del palacio. Con premura inusitada llegué en esos momentos, interrumpiéndole en su conversación.

Tengo que comunicar a usted algo importante, le dije. —¿Es urgente? Contestó D. Venustiano. —Sí señor. —Voy en seguida. Se separó inmediatamente de aquel grupo y me preguntó: —¿Qué sucede? —Acabo de recibir el siguiente telegrama de Washington, firmado por Juan Urquidí (Urquidí era el secretario de la Agencia Confidencial), y leyó el mensaje, que decía: —«Todo está perdido, antes de pocas horas la intervención será un hecho». Don Venustiano quedó pensativo, más grave, más severo que nunca; alzó la frente, levantó su mano descansándola sobre el pecho, que llenó plenamente de aire, y con una voz solemne, nacida de lo más sagrado de su alma, que era en estos instantes el alma de la Patria, exclamó: *Sabremos cumplir con nuestro deber.*

De cómo desocuparon los americanos el puerto de Veracruz

CUANDO el Primer Jefe dirigió su patriótica nota de protesta al Gobierno de los Estados Unidos, con motivo de la invasión militar de Veracruz, pidió en ella la entrega de la plaza, ocupada sin más derecho que la fuerza de una altiva nación y la de un soldado del crimen.

El Sr. Carranza, apenas llegado a México, dirigió nueva nota a la Secretaría de Estado de Washington reiterando sus peticiones relativas a la ocupación de Veracruz, que nunca tuvo la justicia como base y que después de la huida de Huerta no dejaba en pie ni siquiera el *pretexto* para continuarla, pues que, según las declaraciones oficiales de la Casa Blanca, di-



cha intervención sólo se ejecutó como un acto de represalia contra la persona de Victoriano Huerta.

El Gobierno americano respondió a nuestra Cacillería que ya se ocupaba del asunto, ordenando en su oportunidad a su almirante en Veracruz preparara su salida de aquel puerto, pero sin precisar fecha ni detalles sobre la desocupación.

Aquella nota, sin embargo, al hacerse pública provocó un delirante entusiasmo en toda la nación.

Pero el tiempo corría y el pueblo, ansioso de saber que las tropas invasoras permanecían aún en nuestras costas, se exasperaba; los jefes y oficiales se dirigían al Sr. Carranza inquiriendo sobre el resultado de sus gestiones con acentuadas muestras de impaciencia, mientras el Gobierno del país vecino no procedía a cumplir su deber y sus promesas.

El Primer Jefe de nueva vez me ordenó la remisión de otra nota apremiante a la Casa Blanca, urgiendo la fijación exacta de la salida de los americanos, por ser ya intolerable aquella crítica situación que amenazaba resolverse de modo violento.

Fué entonces cuando Mr. Bryan notificó al Ejecutivo que estaba aquella Administración dispuesta a señalar el día de la evacuación, siempre que el Primer Jefe del Ejército constitucionalista se comprometiera por medio de un manifiesto a la nación, o de un decreto:

1o. A no cobrar nuevamente derechos de ninguna clase

a los comerciantes que en Veracruz los hubiesen ya pagado a las autoridades americanas ahí establecidas; y

2o. A no castigar a los mexicanos que hubiesen prestado sus servicios a la Administración establecida en Veracruz por el Gobierno de los Estados Unidos.

Don Venustiano se negó rotundamente a aceptar tan inesperadas cuanto improcedentes condiciones que el Gobierno constitucionalista no podía cumplir, puesto que su aquiescencia equivaldría a delegar nuestra soberanía en manos extranjeras. Contestó el Primer Jefe, bajo mi firma como Oficial Mayor de Relaciones, que no podía expedir decreto ni manifiesto alguno que satisficiera al Gobierno de los Estados Unidos, porque los asuntos que entrañaban las condiciones eran de la exclusiva competencia del régimen interior de nuestra República, pero jamás de la iniciativa o imposición de un país extranjero.

La nota, que era dignísima y terminante, se fundamentaba en principios inmanentes de derecho de gentes y de justicia nacional.

La exigencia del secretario Bryan era, además de injusta, torpe: el propósito de la Secretaría de Estado fué el de proteger a quienes habían vivido gobernados por los americanos en el puerto de Veracruz, por considerarse a ello constreñidos moralmente, según se afirmaba. Pero era el caso que ya el gobernador, general Aguilar, debidamente autorizado, ha-



bía expedido un manifiesto a los habitantes de Veracruz ofreciéndoles completas garantías, que sin duda habría otorgado; y el Sr. Carranza jamás cobró dobles impuestos en ninguna parte de la República. Luego era innecesaria la exigencia de las imprudentes condiciones. Además, denotaba con sus actos el Sr. Bryan no conocer, después de mucho tiempo, el carácter inquebrantable del gobernante Carranza, incapaz de someterse a imposición alguna ni de aceptar condiciones ni tratos internacionales que en algún sentido atacaran nuestra soberanía nacional.

La República en esos momentos vivía en un desconcierto angustioso. Los convencionistas, sin mandato del pueblo, único en quien radica la soberanía, ni del Ejército (varios generales de la Convención mandaban sólo a su asistente), se declaraban soberanos y resolvían la dimisión del Primer Jefe, que los había convocado espontáneamente para el estudio de casos concretos bien definidos, muy otros que los resueltos en Aguascalientes. La prensa, casi en su totalidad, aturrida y medrosa, desconcertó al país, que veía con azoramiento la proximidad de otra lucha civil y la inminencia de una guerra internacional.

Los Estados Unidos se sostuvieron en su dicho, insistiendo en sus absurdas pretensiones, y el señor Carranza, a pesar de la espantosa crisis interior que pesaba sobre su responsabilidad, mantuvo su actitud, y arriesgando el rompimiento con Norte América, pero dejando a salvo ante la historia su

nombre y el de su pueblo, contestó: que no le permitía su decoro, como Jefe del Estado, someterse a la imposición extranjera.

El conflicto no tenía compostura.

El imperio del fuerte por un lado y la indomable justicia por el otro mantenían el problema en pie, pero intensificado a cada instante.

¿Cómo fué resuelto? Fácilmente, que hay siempre para las buenas causas nobles recursos.

Los causantes de impuestos en el puerto de Veracruz, así como los empleados que habían servido a las autoridades americanas, dirigieron al señor general Aguilar, cada grupo separadamente, un memorial inspirado en el más oportuno amor a la Patria, en el que decían en síntesis, sobre poco más o menos: Sabemos que el Gobierno americano para desocupar Veracruz, exige al Primer Jefe la promesa de no cobrarnos dobles derechos a quienes ya los hemos pagado, y de no castigar a aquellos que han prestado sus servicios a las autoridades americanas en el puerto. Como esto es sencillamente inaceptable por parte del Gobierno Constitucionalista, porque sería en perjuicio de la dignidad nacional, manifestamos a usted, señor Gobernador, que nosotros no hemos pedido protección alguna al Gobierno de los Estados Unidos, ni estamos dispuestos a aceptarla, y rechazamos con toda energía cualquiera que se nos ofrezca u otorgue, porque sería en menoscabo de nuestro nombre y de nuestra Patria. En consecuencia, repudiando tal protección, nos sometemos anticipadamente a las leyes o disposiciones que en nuestra contra tuviere a bien dictar el Gobierno Constitucionalista, por duras que sus órdenes fueran.

La situación del conflicto estaba así asegurada. El fondo de la dificultad era la forma, la forma diplomática, que venía como una consecuencia de la actitud de los ocurrentes.

Claro está que el Primer Jefe no se propuso hacer pagar dos veces sus contribuciones al pueblo veracruzano, pero no podía tolerar que los Estados Unidos le fijaran reglas de conducta y le exigieran el cumplimiento de sus deberes en asuntos de su exclusiva incumbencia.

La Secretaría de Relaciones, entonces a mi cargo, y el Gobierno del Estado, de común acuerdo, se cambiaron las notas que fueron precisas y el Primer Jefe expidió un decreto en el que hacía explícitos sus propósitos anteriores, sobre los impuestos y la remisión de toda pena para los empleados referidos, insertando en el decreto, como considerandos que lo justificaban, los oportunos y patrióticos memoriales de los habitantes de Veracruz, a quienes felicitaba el Sr. Carranza por su loable conducta. Todo, incluso notas cambiadas entre el Oficial Mayor de Relaciones y el gobernador Aguilar y el decreto del Primer Jefe, fueron enviados a Washington por conducto del ministro del Brasil, pidiéndose así mismo la fijación del día en el que las fuerzas de los Estados Unidos abandonarían nuestro territorio.

La fecha señalada fué el 23 de Noviembre de 1914, y ese día evacuaron los americanos el puerto de Veracruz. ♦

NOTA. Estos artículos quedarán complementados en mi libro *Peregrinando con Carranza* (Mis memorias de la Revolución Mexicana, 1913-1915).



hombre y el de su pueblo, congreso que no le permitia
geografico, como fue el caso, someter a la impunidad
El congreso no tenia competencia
El imperio del norte por un lado y la independencia por
por el otro mantenian la provincia en un estado de
a cada instante.
Como fue resuelto, finalmente, que por el momento
buenas cosas habian ocurrido.

los habitantes de Veracruz que
que en todas las partes de
habia sido impuesta en un
Luego en consecuencia se eligio
el congreso, con el fin de
después de mucho tiempo,
el gobierno central, incluso
algunas de las mejores condiciones
en el estado de Veracruz.
Cabe destacar que

